



Número 10

FIRMES EN LA ESPERANZA

La esperanza camina sobre el filo de una montaña a cuyos lados hay dos abismos: uno es el conformismo y otro es la desesperación.

El conformista no se esfuerza, no lucha; piensa que el bien ha de llegarle por sí solo o, lo que es peor, no tiene aspiraciones sino dejadez y apatía.

El que desespera también le da la espalda a la esperanza, no por apatía sino por nerviosismo y desconfianza.

Al apático no le interesa caminar. El desesperado no lo hace, porque considera que es inútil, que no hay metas a dónde dirigirse, que por mucho esfuerzo que se haga, no se obtiene nada.

La persona de esperanza, en cambio, lucha siempre, se empeña por ir adelante, no obstante lo arduo del camino y la sensación que alguna vez experimenta de no avanzar.

La esperanza es una VIRTUD MORAL al alcance de todos; suele darse en quien posee una visión positiva de la vida y ha sido constante en practicar una disciplina. En efecto, toda virtud es una fuerza, una energía que se adquiere mediante una disciplina continua, hasta lograr que una determinada acción se vuelva fácil y agradable.

Existe también la VIRTUD TEOLOGAL de la esperanza, la cual es un don de Dios que vuelve fuertes a los creyentes y los confirma en la confianza. Ante todo confianza en Él, que es padre amoroso y omnipotente; y también una sana confianza en el empeño personal con el cual se coopera en la obra que Dios está cumpliendo. “Ayúdate, que yo te ayudaré”, reza la sabiduría popular.

Poner la propia cooperación en la obra que está en manos de Dios, es señal de verdadera esperanza, que es virtud confiada, pero también activa. “A Dios rogando y con el mazo dando”. Sería un grave error esperar cruzados de brazos; eso no sería más que presunción y negligencia. “Dios, que te hizo sin ti, no te salvará sin ti”.

Otra nota distintiva de la esperanza es la constancia. Si confiamos firmemente en Dios, dejemos que Él intervenga de la manera que guste y en el momento que le plazca. Pero no dejemos de invocarlo.

¿CONFIAR EN DIOS Y DESCONFIAR DE LOS HOMBRES?

Distingamos. Lo que Dios reprueba es que depositemos toda nuestra confianza en los humanos, cuando sólo Él puede ofrecernos seguridad absoluta. Pero esto no significa que debamos desconfiar de medio mundo. ¿Cómo se podría convivir serenamente si en vez de ver al prójimo en cada persona viéramos a un malhechor en potencia? Hasta prueba contraria, pensemos que toda persona es honorable; si hubiera motivos para dudarlo, basta que no seamos ingenuos y que estemos atentos para no ser víctimas de abusos o de engaños. “Sean sencillos como las palomas y prudentes como las serpientes”, enseña Nuestro Señor Jesucristo.

En todo caso, es un hecho que únicamente Dios puede ofrecernos garantías de seguridad y asistencia eficaz. El profeta Miqueas (capítulo 7), en un momento de desolación e inseguridad para el pueblo de Israel, describe la inconsistencia de los humanos, frágiles y volubles, y al final exclama:

“Pero yo aguardo al Señor;
espero en el Dios de mi salvación.
¡Mi Dios me escuchará!”

El salmo 122 pinta con imágenes vivaces la confianza depositada en Dios:

“A ti levanto mis ojos,
a ti que habitas en el cielo.
Como están los ojos de los siervos
fijos en las manos de sus señores;
como están los ojos de la sierva
atentos a las manos de su señora,
así nuestros ojos apuntan hacia Yahvé, nuestro Dios,
esperando que se apiade de nosotros”
(vv. 1 y 2).

Las imágenes que usa el salmista reflejan la relación que puede darse entre los siervos y sus respectivos amos. Pero a nosotros nos ha sido revelado que Dios es nuestro Padre amoroso y nosotros somos sus hijos. Nuestra confianza en Él ha de ser, por tanto, filial y firme.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD SE DAN LA MANO

Hay una estrecha relación entre la fe, la esperanza y la caridad. No puede estar la una sin las demás, como se ve en muchos episodios del evangelio; recordemos, por ejemplo, el caso de aquel centurión que se sentía afligido por la enfermedad de un criado suyo (tenía caridad); con fe se dirigió a Nuestro Señor para pedirle la curación

de ese siervo, y expresó su esperanza diciendo que no era digno de que Jesús entrara en su casa; bastaba con que dijera una palabra... Jesús elogió esa fe llena de esperanza y movida por la caridad.

La CARTA A LOS HEBREOS no asegura: **“La fe es la garantía de los bienes que se esperan; la plena certeza de las realidades que no se ven”** (Hb 11, 1).

La misma Carta subraya los motivos por los cuales nuestra confianza está asentada en Dios de manera inmovible: el Señor prometió, jurando por Él mismo, su asistencia fiel y salvífica al pueblo de sus creyentes Por eso: *“hay dos realidades irrevocables –la promesa y el juramento– en las que Dios no puede engañarnos. Gracias a ellas, nosotros, los que acudimos a Él, nos sentimos poderosamente estimulados a aferrarnos a la esperanza que se nos ofrece. Esta esperanza que nosotros tenemos, es como un ancla del alma, sólida y firme...”* (Hb 6, 18-19).

UNA ORACIÓN DE ESPERANZA

*Señor, te presento mis infinitas miserias:
son como un clamor que suplica tu misericordia.*

*Vivo acosado por el peligro de pecar:
sálvame tú.*

*Estoy lleno de culpas:
perdóname.*

*Mi perseverancia en el bien es incierta:
dámela tú, por tu bondad.*

*Temo las dificultades que atentan contra mi progreso espiritual:
sostenme tú.*

*Pienso con aflicción en la hora de mi muerte:
en ese momento, ven tú en mi ayuda.*

Yo espero contra toda esperanza.

*Concédeme la gracia de invocarte
con grande confianza cada día.*

*Ya ti, María, Madre mía,
te repetiré incesantemente:*

“Ruega por mí ahora y en la hora de mi muerte. Amén”.

(De los escritos del Beato Santiago Alberione)



**“Hagan a todos la caridad de la Verdad”
Beato Santiago Alberione**

